



Lectio Divina

Evangelio del II Domingo de Tiempo Ordinario | Ciclo B

Por CRISTÓBAL SEVILLA

«¿Dónde vives? Venid y lo veréis»

1 SAM 3, 3-10.19 | «Habla, Señor, que tu siervo escucha».

SAL 39 | «Aquí estoy, Señor, para hacer tu voluntad».

1 COR 6,13-15.17-20 | «¡Vuestros cuerpos son miembros de Cristo!».

JN 2, 35-42 | «Vieron dónde vivía y se quedaron con él».

LECTURA DEL SANTO EVANGELIO SEGÚN SAN JUAN

En aquel tiempo, estaba Juan con dos de sus discípulos y, fijándose en Jesús que pasaba, dice: «Este es el Cordero de Dios». Los dos discípulos oyeron sus palabras y siguieron a Jesús. Jesús se volvió y, al ver que lo seguían, les pregunta: «¿Qué buscáis?». Ellos le contestaron: «Rabí (que significa Maestro), ¿dónde vives?». Él les dijo: «Venid y lo veréis».

él aquel día; serían las cuatro de la tarde. Andrés, hermano de Simón Pedro, era uno de los dos que oyeron a Juan y siguieron a Jesús; encuentra primero a su hermano Simón y le dice: «Hemos encontrado al Mesías (que significa Cristo)». Y lo llevó a Jesús. Jesús se le quedó mirando y le dijo: «Tú eres Simón, el hijo de Juan; tú te llamarás Cefas (que se traduce Pedro)».

Entonces fueron, vieron dónde vivía y se quedaron con

Palabra del Señor.



LECTURA

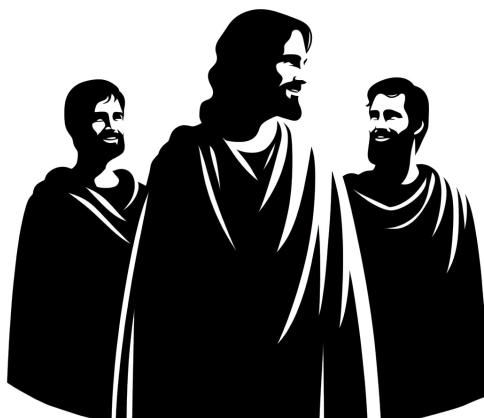
¿Qué dice el texto?

En la primera lectura encontramos la oración más simple: «Habla, Señor, que tu siervo escucha», y esta oración hará del pequeño Samuel un verdadero profeta. Y somos siervos del Señor y de su amor también con nuestro cuerpo (2ª lectura), pues con él oramos. El relato de san Juan de la llamada a los primeros discípulos, entre los que se encuentra él mismo, expresa la autenticidad de la oración simple del pequeño Samuel.

Hemos de leer esta escena captando la sencillez con la que está escrita, pues lo que aquí se nos cuenta es el primer encuentro que tuvieron el mismo Juan evangelista y Andrés con Jesús, después que Juan el Bautista les dijera que aquel hombre que pasaba era para él el «Cordero de Dios». La lengua que hablaban era el arameo, y cordero se dice *talija*, y significa también «siervo». Juan el Bautista presenta a Jesús como el siervo de Dios que

había anunciado el profeta Isaías, un siervo-cordero que traería la salvación desde la sencillez y el sufrimiento.

Algunos detalles nos hablan de un recuerdo muy auténtico del propio Juan evangelista, el hijo de Zebedeo y hermano de Santiago. Cuenta que eran dos discípulos y que uno de ellos era Andrés, el hermano de Pedro. ¿Quién era el otro? Creo que el mismo Juan, el cual



omite su nombre como un guiño que hace hacia sus primeros lectores, que eran aquellas comunidades que él había evangelizado y que él sabe que le van a identificar a la primera. Hace lo mismo en 20,3: cuando va con Pedro al sepulcro él es el «otro discípulo». Dice también que era la hora décima, es decir, las cuatro de la tarde para nosotros. Guarda el recuerdo con precisión y lo cuenta con sencillez implicando a los lectores.

«¿Qué buscáis?», les pregunta Jesús cuando se le acercan, y ellos llamándole Rabí (Maestro) le preguntan: «¿Dónde vives?». Jesús les invita a su casa y ellos se quedaron con él todo el resto de ese día.

Jesús vivía muy cerca de ellos, en la misma Cafarnaún, pues hasta allí se había trasladado con su madre desde Nazaret. Vive de manera sencilla en medio de la gente, y desde allí busca a la gente y le buscan, pues habla con todos y acoge a todos: Mateo el publicano, el centurión romano, el jefe de la sinagoga, los zebedeos, la suegra de Pedro, el paralítico... Sienten que es uno de ellos y sienten también la presencia de Dios entre ellos.

2 MEDITACIÓN

¿Qué me dice Dios en este texto?

La pobreza elegida y la sencillez generan confianza. Estos primeros discípulos escuchan a Jesús y se lo cuentan a otros dando testimonio, como hace Andrés con su hermano Pedro, y como en la escena siguiente a esta hará Felipe con Natanael Bartolomé. Se establece así una cadena de confianza, un boca a boca que anuncia a Jesús desde el testimonio personal del que se ha encontrado con él. Como el testimonio que da Andrés a su hermano Pedro: «Hemos encontrado al Mesías». Y el testimonio que da Felipe a Natanael: «Hemos encontrado a aquel de quien escribió Moisés...».

La mirada personal de Jesús. A Pedro, Jesús se le quedó mirando, anota el evangelista Juan. Y esta mirada es el comienzo de una relación en la que Jesús tendrá que volver a mirar a Pedro en un momento muy difícil (Lc 22, 61), y esa mirada será su salvación. Y es que la re-

lación con Jesús es personal, pues él conoce a cada uno con un conocimiento que va más allá de lo humano (Jn 1, 48) y que sorprende a los propios discípulos, pues Jesús sabía lo que hay dentro de cada uno (Jn 2, 25). Así fue y así lo contaron en los evangelios, una mirada personal, un conocimiento único de cada uno de ellos que reflejaba el amor de Jesús por sus discípulos. Era como el conocimiento que tiene Dios en el Sal 138: «Tú me sondeas y conoces...».



3 ORACIÓN

¿Qué le quiero decir yo a Dios sobre el texto?

¿Dónde vives tú, Señor? ¿Dónde podemos encontrarte en medio de nuestros trabajos y de nuestra vida diaria? ¿Cómo podemos empezar a conocerte como hicieron Juan y Andrés y así seguirte y quedarnos contigo? Si tienes esta disponibilidad pídeselo a Jesús:

«Señor Jesús, maestro bueno, que viviste pobre en medio de la gente, yo sé que tú eres la verdad. Enséñame a buscarte en tu palabra, a seguirte sirviéndote en mis hermanos y a celebrarte en medio de tu Iglesia».

Amén.



4 CONTEMPLACIÓN Y ACCIÓN

¿Cómo cambia este texto mi mirada acerca de la realidad?

¿Cómo podemos ser hoy discípulos suyos? Buscar, seguir y habitar. Lo que Dios nos pide es algo simple: que tengamos una actitud de búsqueda sincera y humilde de la verdad y un corazón pobre y sencillo para acoger su Palabra, como lo tenían Juan, Andrés y Pedro. Nues-

tra relación con Jesús debe ser como la de estos discípulos: buscar, seguir, y habitar.

Esta es la lógica del amor que busca y se deja encontrar. Quien busca sigue, y si encuentra se queda. ■

